

Seminario Concordia
 C. Cerro 5
 1633 J. L. Suárez

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La Doctrina de las Sagradas Escrituras . . .	1
¿Todavía Misión?	15
Homilética	21
El Observador	26
Sabía Vd.?	34
Bosquejos para Sermones	35

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

Para Bultmann la fe en el resucitado no es una fe en un hecho histórico, sino la fe en lo invisible. Lo histórico, que según Bultmann no se puede saber concretamente, no es de importancia para la fe. Pero esto es diametralmente opuesto a lo que enseña San Pablo, quien afirma rotundamente: "Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados" (1. Cor. 15:17). Para el apóstol el nacimiento virginal de Jesús, su crucifixión, resurrección y ascensión al cielo son hechos reales e históricos, ocurridos en bien de nosotros y de todos los pecadores, también para aquellos que quedan indiferentes o se escandalizan. Seríamos irresponsables si tratásemos de ayudar al hombre indiferente llevándole como Bultmann un otro evangelio que en realidad no es evangelio. Dios nos conceda la gracia de que con la ayuda del Espíritu Santo, la palabra de Dios, que es la palabra de esperanza para el pecador, la palabra del Salvador crucificado y resucitado sea el firme fundamento para nuestra fe y nuestro claro e inconfundible mensaje para el mundo perdido. Solamente entonces podremos aplicar también nosotros la palabra de Jesús que a la vez es una exhortación y una bienaventurada promesa: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:31-32).

F. L.

¿Todavía Misión?

Durante una fiesta especial celebrada el 22 de octubre de 1961 en la Iglesia de San Pablo en Francfort del Meno se entregó al filósofo de religión y vicepresidente de la India, Dr. Sarvepali Radhakrishnan, el premio de la Paz instituido por los editores alemanes. Muy significativo era el discurso encomiástico pronunciado en tal oportunidad por el profesor de Marburg Dr. Benz, quien exigió ni más ni menos que la unificación de todas las religiones en una sola, una religión mundial. Ya que el mundo se aproxima rápidamente a su unificación, ya que todas las razas tienen entre sí contactos siempre más estrechos, nosotros no podemos detenernos en la mitad del ca-

mino. O nos destruiremos —así expuso el Prof. Brenz— o nos sentiremos como miembros de una sola familia unida por una sola religión. Para caracterizar la situación religiosa de Alemania, el conferenciante mencionó que sería difícil conseguir en un quiosco un Nuevo Testamento, pero que un libro sobre Buda o Mahoma se vende en cualquier parte ya por 1,50 marcos.

Radhakrishnan en su contestación no se adhirió tan rotundamente a la exigencia por una sola religión mundial, sino que dijo estar satisfecho si el cristianismo renunciaba a su postulado de su verdad absoluta. "No creemos" —dijo el vicepresidente hindú— "en una verdad absoluta. Las diversas religiones son diferentes dedos de la mano amorosa del Altísimo." Refiriéndose al mismo tema dijo posteriormente: "En un mundo intranquilo y desordenado, en que hay mucho menos fe de lo que queremos admitir, en el que herejías supersticiosas luchan por las almas de los hombres, no debemos vacilar en nuestra firme resolución de juntar a la humanidad en una sola unidad, en la que mahometanos, cristianos, budistas e hindúes se encuentran responsabilizados a servir al futuro, no al pasado, y en la que sueñan no en ideas pasadas y comprometidas por razas y zonas, sino en una sociedad universal con una religión mundial, cuyas ramas son las confesiones históricas."

Ambas voces no son las únicas en nuestros días que propagan una religión universal o por lo menos el reconocimiento de todas las religiones como de igual valor. El hindú Gandhi llamó a las distintas religiones diversas flores en el solo y único jardín de Dios, de las que cada una tiene su propio aroma y su propia belleza. Uno de los más influyentes pensadores del occidente cristiano, el historiador inglés Arnold J. Toynbee, escribió: "Las cuatro mayores religiones actuales son cuatro variaciones del mismo tema. Si un par de oídos humanos pudiese escuchar al mismo tiempo y con igual claridad las cuatro composiciones de esta música esférica celestial, tal hombre feliz no las entendería como disonancia sino como armonía."

En su libro "El cristianismo y las religiones del mundo", el mismo Toynbee se expresa así: "Creo que es posible reconocer —sin renunciar a la idea de que las propias opiniones son verdaderas y correctas— que también las demás religiones altamente desarrolladas son en su modo revelaciones de lo verdadero y correcto. Todas ellas son de Dios, revelando cada una

de ellas un aspecto específico de la verdad divina. Sea que se distinguen según el contenido y grado de la revelación concedida a la humanidad —y de hecho lo hacen—, sea que difieren según el modo con que tal revelación fue llevado a efecto por sus respectivos confesores en el ambiente personal y social, debiéramos sin embargo reconocer que igualmente son una luz que brilla desde el mismo fondo original del que nuestra propia religión recibe su luz espiritual. Y así debe ser si Dios es el Dios de todos los hombres y solamente un nombre diferente para el amor.”

¿Por consiguiente Jesús no sería la luz del mundo sino solamente una al lado de muchas otras, de las que cada una en su modo específico nos demuestra el camino a Dios? ¿La Biblia no sería la luz para nuestro camino? ¿El Corán o la Bhagawatgita, la escritura sagrada de los hindúes, llevarían en sí no menos el sello de revelación divina? ¿Cristo no sería el Salvador, sino que Buda, Mahoma y Confucio y otros fundadores de religiones estarían en el mismo nivel?

¿Qué debemos decir a todo esto? La conferencia del Consejo Internacional de Misión tomó en Tambarán en el año 1938 la siguiente resolución: “No podíamos llegar a un acuerdo sobre el problema de si las religiones no-cristianas debieran ser consideradas como visión total en cierto sentido, para el pensar y la vida o, hasta cierto grado, como revelación de Dios.”

Según tal resolución no se puede trazar una clara línea divisoria entre cristianismo y paganismo. Las diferencias sólo son relativas o graduales.

Con tal criterio, la razón de ser de la obra misional resulta en efecto muy problemática. Pero escuchemos lo que en su libro “Reden und Aufsätze”, parte segunda, pág. 14 dice el director de la misión Freytag que murió el año pasado:

“No puedo olvidar dos conversaciones que tuve en el sur de la India, una con un grupo de maestros cristianos y otra con un grupo de hindúes. En ambos casos la conversación tomó igual rumbo. A la pregunta de si podrían decirme lo que era esencialmente hindú, me contestaron rápidamente: “India es la búsqueda por el espíritu, en contraste con Europa, que se entregó a la materia.” Yo les respondí: “La respuesta no me convence, pues debiera confesar sencillamente haber visto en la India dos cosas que no me lo confirman. Una es que en la India los

intereses usurarios son cosa normal y jurídicamente reconocidos, y son tan altos como en ningún otro país, menos tal vez en la China. La otra cosa es que en los templos hindúes se encuentra frecuentemente una representación de asuntos sexuales de tal crudeza que ya no puede ser considerada como obra de una naturaleza ingenua, sino que la única explicación es que lo sexual ejerce una atracción particular." La respuesta que obtuve, en un caso por parte de un cristiano, en el otro por parte de un hindú, fue esta: "Entiendo su argumento. Queremos, pues, conversar seriamente". El resultado fue una confesión que preferiría callar, pero que me veo obligado a repetir, porque viene al caso; y les ruego sinceramente que no lo consideren como típicamente hindú en el sentido de que esto sólo puede existir en la India. Ambos me dijeron: "Queremos conversar seriamente. Pues, puedo decirle lo que es hindú: La pecaminosidad sin esperanza y la profunda depravación por la mentira."

Este es también el fallo que la Escritura pronuncia no solamente sobre los hindúes, sino sobre todos los hombres. Judíos y paganos, todos están vendidos al pecado. "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda; no hay quien busque a Dios... y no conocieron camino de paz" (Rom. 3).

¿Y qué son todas las religiones paganas? Son la tentativa sin esperanza del hombre caído de tapar la situación de completa pecaminosidad o de librarse de ella por propias ideas, por propias obras, por propios esfuerzos.

La fe cristiana es radicalmente opuesta a todas estas tentativas. Leemos sobre este aspecto en la Dogmática Cristiana de Mueller: "La doctrina de la salvación por la fe y la de la salvación por las obras son doctrinas opuestas que necesariamente se excluyen mutuamente, de modo que todo aquel que confía en sus obras para la salvación, ya no confía de hecho y en verdad en la religión cristiana."

En el mismo libro se cita al prof. Max Mueller de la Universidad de Oxford quien expuso hábilmente la diferencia fundamental entre la religión cristiana y todas las otras supuestas religiones escribiendo: "En el desempeño de mis deberes por cuarenta años como profesor de sánscrito en la Universidad de Oxford he dedicado tanto tiempo como cualquier otro ser viviente al estudio de los libros sagrados del Oriente, y he hallado que

la nota principal, el diapasón, podríamos decir, de todos estos supuestos libros sagrados... el estribillo único que corre por todos es la salvación por obras. Todos dicen que la salvación tiene que ser comprada, obtenida por un precio, y que el único precio, el único dinero, tienen que ser nuestras obras, nuestros méritos. Nuestra propia Santa Biblia, nuestro Libro sagrado del Oriente, es desde el principio hasta el fin una protesta contra esta doctrina. Ese Libro sagrado del Oriente de cierto nos pide buenas obras; pero ellas son solamente el resultado de un corazón agradecido; son solamente una ofrenda de gratitud, los frutos de nuestra fe. Jamás son el precio de rescate de los verdaderos discípulos de Cristo. No cerremos los ojos a lo que es excelente y verdadero y de buen nombre en estos libros sagrados; pero enseñemos a los indostánicos, budistas y mahometanos que hay un solo libro sagrado del Oriente, y que ése es el único Libro que puede servirles de ancla en la hora temible cuando tengan que pasar solos al mundo invisible. Es el Libro sagrado que contiene esa palabra fiel, y digna de ser recibida por todos los hombres, mujeres y niños, y no únicamente por nosotros los cristianos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores."

Sólo en Cristo Dios se hizo hombre. Sólo en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus pecados. Sólo en Cristo se ha manifestado la gracia de Dios para salvación a todos los hombres. Sólo de su plenitud podemos recibir gracia por gracia; pues solamente Él siendo el Cordero de Dios quita el pecado del mundo.

Solamente la Biblia, la santa Palabra de Dios, nos revela a este Cristo y nos invita a confiar no en nuestras obras defectuosas o piadosas sino en Su mérito.

La epístola a los Hebreos nos declara quién es el único por quien Dios nos habla: "En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." (Hebr. 1:2 sig.).

Por eso no podemos consentir en la afirmación de Toynbee de que las cuatro grandes religiones no forman una disonancia sino una armonía. Por eso tampoco podemos cumplir con el deseo de Radhakrishnan de renunciar al postulado absoluto de la fe cristiana, "porque en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

Toynbee concluye su libro con un episodio de la historia eclesiástica. El emperador convertido al cristianismo dio la orden de clausurar por la fuerza los templos paganos en Roma. El entonces dirigente del senado romano, Símaco, hizo al emperador la petición de ser tolerante con las religiones paganas y sus templos. Ahí figura la frase: "Es inimaginable que podamos aproximarnos a tan grande misterio sólo por un camino." Toynbee lo comenta: "Símaco se refirió al misterio del universo, el misterio del encontrarse el hombre con Dios, el misterio de la relación de Dios con el bien y el mal. Los cristianos dejaron sin respuesta la posición de Símaco. La supresión de otra religión que obra al mismo tiempo, no es ninguna respuesta. También en el mundo de hoy el problema presentado por Símaco tiene aún su validez. Creo que debemos discutir seriamente este problema para buscar una solución."

¿Tiene razón Toynbee? Por cierto tiene razón en que la supresión violenta de otra religión no es una respuesta a la pregunta de si esta religión es correcta y verdadera. Pero la respuesta a la pregunta mencionada ya existe. Cristo mismo la dio para todo el mundo y para todos los tiempos: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." (Juan 6:14).

Y este Señor Jesucristo dio a su Iglesia la orden de ir a todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. Por eso la pregunta formulada al comienzo en el tema, sólo puede ser contestada con un rotundo "sí": Todavía hay que hacer misión. ¿Hasta cuándo? "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin", Mat. 24:14.

M. Hein en "Der Lutheraner"